"JESÚS SANÓ A MUCHOS ENFERMOS"

Homilía de monseñor Carmelo Juan Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia, para el 5º domingo durante el año (B)
(8 de febrero de 2008)

I. Una jornada con el estilo de Jesús

1. La lectura del Evangelio de hoy (Mc 1,29-39) y la del domingo pasado (Mc 1,21-28) forman una unidad, y nos pintan cómo se desarrolla una jornada-tipo de Jesús: enseñanza, curaciones, descanso, oración, // enseñanza, curaciones…

Es inspiradora del estilo de vida de todo misionero: anunciar el Reino de Dios con la predicación y realizarlo con las obras de misericordia, sin descuidar el reposo nocturno y la oración en la soledad, para volver a la gentea enseñarle y curarla…

2. El acento de la lectura del domingo pasado estaba puesto en la enseñanza de Jesús sobre el Reino de Dios: *"Todos estaban asombrados de su enseñanza… ¡Enseña de una manera nueva, llena de autoridad!" (Mc 1,22.27).* En la de hoy está en las obras de amor con que Jesús construye el Reino que anuncia: *"Jesús sanó a muchos enfermos, que sufrían de diversos males y expulsó a muchos demonios…" (1,32).*

3. Ambos aspectos – enseñar y curar -, en Jesús forman una unidad. Cuando nos anuncia el Reino, desea no sólo anoticiarnos sobre él, sino que tomemos parte en él. No nos enseña nada sólo para que lo conozcamos. El solo conocimiento de las cosas de Dios no salva. Sólo salva el amor. Según Jesús, la "verdad" y la "bondad" de Dios van juntas. Un enunciado de la verdad que no llevase a descubrir la bondad de Dios no sería íntegramente católico.

4. ¿Los cristianos – fieles y pastores - no deberemos convertirnos a esta lección inicial del Evangelio? Con frecuencia desgajamos la verdad de Dios de su bondad. Y esto de muchas maneras. Por ejemplo cuando, en la catequesis y en la predicación, proponemos como objeto de la fe una serie de enunciados teológicos a los que adherir con la mente, más que la misma persona de Jesucristo, el Hijo de Dios nuestro Salvador, a la que adherir con todo el ser. Lo cual tiene consecuencias nefastas en el evangelizador. Se trazan en su ser dos líneas divergentes: por un lado, Dios, y, por otro, los hombres. En Jesús, todo es convergente. Su estilo de evangelizar (enseñar y amar) responde a su estilo de vivir: mezclarse con la gente para hacerle el bien y retirarse a la soledad para orar con Dios. Y viceversa: su estilo de vivir facilita su acción evangelizadora. Cuando Simón sale a buscarlo y lo encuentra orando, Jesús no se esconde en la oración, sino que le responde con naturalidad: *"Vayamos a otra parte, a predicar también en las poblaciones vecinas, porque para esto he salido. Y fue por toda la Galilea, predicando en las sinagogas de ellos y expulsando demonios" (1,38-39).*

II. Jesús ante el dolor humano

5. Conviene que reparemos un instante en la actitud de Jesús ante el dolor humano. Ante la suegra de Simón que estaba en cama con fiebre: *"se acercó, la tomó de la mano y la hizo levantar" (v. 31).* Ante la multitud de enfermos reunida ante la puerta de casa: *"sanó a muchos que sufrían diversos males, y expulsó a*

muchos demonios" (v. 34). La actitud compasiva de Jesús ante el dolor humano es central en la liturgia de hoy. Así lo sugiere la primera lectura tomada del libro de Job, que lo pinta sumido en el dolor: *"Me han sido asignadas noches de dolor. Al acostarme, pienso: '¿Cuándo me levantaré?' Pero la noche se hace muy larga y soy preso de la inquietud hasta la aurora" (Jb 7,4).* Se trata no sólo del dolor físico, para el cual los hombres encuentran alivio en muchas medicinas, sino del dolor espiritual, para el cual Job no halla consuelo ni en su mujer, ni en sus amigos, sino sólo en Dios.

6. Jesús se interesa del hombre enfermo: *"No son los sanos los que tienen necesidad del médico, sino los enfermos".* Y se presenta como tal: *"Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores" (Mc 2,17).* Marcos subraya la actitud de Jesús que se hace cargo del dolor humano: *"En todas partes donde entraba, pueblos, ciudades y poblados, ponían a los enfermos en las plazas y le rogaban que los dejara tocar tan sólo los flecos de su manto, y los que lo tocaban quedaban curados" (6,56).* Mateo, por su parte, ve cumplida en Jesús la profecía de Isaías: *"Él tomó nuestras debilidades y cargó sobre sí nuestras enfermedades" (Mt 8,17; Is 53,4).* Se interesa del hombre enfermo, pero no como si fuese un superhombre inmune a toda enfermedad, sino insertándose en nuestra débil humanidad. Como dice la carta a los Hebreos: *"No tenemos un Sumo Sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades: al contrario, él fue sometido a las mismas pruebas que nosotros, a excepción del pecado" (Hb 4,15).* Es por ello que el mejor bálsamo a nuestro dolor es sabernos acompañados por Jesús, el cual *"durante su vida terrena dirigió súplicas y plegarias con fuertes gritos y lágrimas a aquel que podía salvarlo de la muerte" (Hb 5,7).*

7. Los Doce, a imagen de Jesús, entendieron la evangelización como la conjunción de la enseñanza del Reino y la curación del corazón, reflejada en la salud corporal: *"Fueron a predicar, exhortando a la conversión, expulsaron a muchos demonios, y curaron a numerosos enfermos, ungiéndolos con óleo" (Mc 6,12).* Hoy, cuando pensamos en la Gran Misión Continental, ¿como la concebimos nosotros?

Mons. Carmelo Giaquinta, *arzobispo emérito de Resistencia*